

Las izquierdas y las ideas

x Rodrigo Arocena¹



¹ El autor es un militante uruguayo de izquierda y profesor universitario jubilado. Fue Rector (2006- 2014) de la Universidad de la República.

La Temática a encarar

- Este texto ha sido pensado como un aporte a un *hipotético conversatorio* sobre las perspectivas de transformaciones sociales deseables y, también, sobre las posibilidades de contribuir a ellas que tienen las izquierdas o, más en general, los sectores progresistas. Se asume que los participantes tienen inserciones sociales y posturas variadas, y que como grupo no pretenden actuar sino observar y conversar. Se prioriza la discusión plural de distintos puntos de vista antes que la promoción del propio. Puede suponerse que el cerno del consenso compartido radica en considerar que la democracia incluye, entre sus dimensiones normativas, la de ser un gobierno desde la discusión.
- En el marco hipotético esbozado, se plantea como punto de partida moral el rechazo al cúmulo de injusticias que se observan en la realidad. Mucha gente experimenta padecimientos que podrían ser sustantivamente disminuidos o aún suprimidos con los medios de los que los seres humanos disponemos. Mucha gente padece situaciones de explotación, dominación y discriminación a manos de otras personas o grupos. Esas tres dimensiones de la injusticia se entretajan entre sí, constituyendo un *escándalo ético*. Seguramente debe ser denunciado pero, sobre todo, hace falta afrontarlo prácticamente. Transformaciones deseables son las que contribuyan a superar esas situaciones indeseables. Las izquierdas y quienes se consideran progresistas deben contribuir a pensar y actuar para impulsar transformaciones semejantes.
- Partiendo del rechazo a las múltiples injusticias realmente existentes, el hilo temático de este texto es *el papel de las ideas* en las

transformaciones deseables. Ello no supone una sobrevaloración de lo ideológico. Por el contrario, aquí se asume que en la conformación de las prácticas de los seres humanos los móviles más relevantes son sus intereses y sus pasiones, no las ideas generales, cuyo papel es más bien secundario aunque no irrelevante. Se acepta asimismo que la acción merece mucha más atención que la discusión. En realidad, no corresponde contraponerlas, pues la discusión debiera ser una guía para la acción. Sin embargo, se registra como un dato de la realidad que el debate ideológico tiene demasiado poco vigor en tiendas progresistas, lo cual le deja ese campo bastante libre a las derechas y aun a las iniciativas de las nuevas derechas extremas. En el mundo de las ideas, cuando no se cultivan las benéficas, las maléficas tienden a ocupar el espacio disponible. Conviene pues que algunos –en particular quienes no encuentran mayor inserción en las prácticas colectivas– intenten contribuir desde las izquierdas a revalorizar el papel de las ideas en la orientación de las militancias con propósitos progresistas.

Cuestiones prioritarias

- *Combinar tres enfoques* puede ser útil para discutir acerca de las ideas. Primero, un enfoque normativo sobre los principios o valores que han de marcar las direcciones generales para caminar en el enfrentamiento a las injusticias. Segundo, un enfoque fáctico o interpretativo, que apunta a conocer y comprender en alguna medida la realidad en la que nos insertamos, sin lo cual parece difícil mejorarla; en particular, es necesario analizar la compatibilidad de los principios reivindicados con la compleja y cambiante condición humana así como con las intrincadas dinámicas del poder. Tercero, un enfoque

propositivo que oriente en la definición de acciones normativamente deseables y fácticamente viables; se trata de escoger rumbos que permitan superar o esquivar los obstáculos que plantea la realidad sin renunciar a mejorarla sustantivamente en términos éticamente defendibles.

- Tales enfoques deben ser combinados pero no confundidos. Las afirmaciones normativas califican lo que se considera bueno o malo mientras que las de índole fáctica tienen que ver con lo que se cree cierto o falso. Son diferentes: no es lo mismo analizar cuáles facetas de la desigualdad son éticamente más cuestionables que estudiar cuáles tienen mayor presencia en una cierta realidad. Ambos enfoques deben ser combinados para elaborar propuestas con alguna probabilidad de disminuir desigualdades significativas. En general, hay tantas injusticias que pretender denunciarlas éticamente o estudiarlas fácticamente en su totalidad antes de formular propuestas no dejaría tiempo y energía para intentar al menos paliarlas. Un *valor práctico de las ideas* es que pueden arrojar alguna luz sobre lo que es deseable y viable intentar.
- Empezar por lo normativo no es lo habitual, por ejemplo, entre quienes reivindican en su totalidad la concepción materialista de la historia. Aquí se asume que ese enfoque interpretativo hace sustantivos aportes a la comprensión de las experiencias colectivas, pero se consideran erróneas sus formulaciones más ambiciosas, las que pretenden conocer en profundidad las dinámicas de la sociedad y asegurar que ellas de por sí garantizarán la realización de un cierto enfoque normativo. Por consiguiente, en tal concepción, el enfoque propositivo apunta a acelerar la llegada de ese futuro seguro y deseable, fin que justificaría los medios. La historia real mostró que esta concepción ética lleva a grandes maldades y, también, que la teoría social que

supuestamente las justificaría está lejos de tener la validez supuesta. Reconstruir mejores perspectivas para las izquierdas sugiere trabajar antes que nada el enfoque normativo, por al menos tres razones. Preservar alguna vigencia de los enunciados éticos es lo más difícil en las actividades donde están en juego intereses y cuotas de poder; así pues, en torno a esos enunciados deberían construirse los acuerdos primordiales para el accionar conjunto. El enfoque normativo debe preceder al enfoque interpretativo, no porque los ideales hayan de ser anteojeeras al estudiar lo real (actitud probablemente inevitable en alguna medida pero de todo punto de vista perjudicial si no se la controla) sino porque los asuntos a priorizar en la investigación de la realidad debieran ser los que más pesan en las posibilidades de impulsar los valores que se proclaman; impulsar la igualdad sugiere concentrar el análisis de la desigualdad en las dinámicas que más la fomentan. A su vez, la elaboración del enfoque interpretativo ha de contribuir a afinar el enfoque normativo, por ejemplo dotándolo de cierto realismo –no tiene sentido aspirar a la perfecta armonía y la total transparencia– pero también porque la exploración de ciertas experiencias puede sugerir formulaciones normativas. En todo caso, corresponde subrayar que los acuerdos en torno a valores posibilitan la fundamental separación entre las propuestas moralmente aceptables y las otras: el enfoque normativo tiene que ser trabajado antes que el propositivo. En suma: *al principio van los principios*.

Un cimiento normativo

- Durante la Revolución Francesa, iniciada en 1789, se bautizó como izquierda a los partidarios de dismantelar el Antiguo Régimen vigente. Lo caracterizaban el absolutismo político y la consiguiente falta de libertades, la desigualdad institucionalizada que consagraba los

privilegios de pequeñas minorías –el clero y la nobleza– y las penurias padecidas por buena parte de la población, la afirmación de que ese régimen respondía a un designio divino que no podía ser cuestionado por los seres humanos. En el curso de la revolución, la izquierda levantó su triple consigna: *libertad, igualdad, fraternidad*. Fue retomada en el artículo primero de la Declaración Internacional de Derechos Humanos de 1948, cuando los horrores perpetrados durante la entonces reciente II Guerra Mundial impulsaron un amplio acuerdo de principios.

Su enunciado constituye un acuerdo moral básico o mínimo para construir sociedades que posibiliten vidas valiosas; puede ser aceptado desde variadas concepciones filosóficas; es una brújula para la acción. Parafraseando ese artículo, cabe sugerir como núcleo del enfoque normativo la siguiente formulación. Los seres humanos nacen libres e iguales en derechos y dignidad; tienen el deber de comportarse fraternalmente los unos con los otros; están dotados de razón y conciencia tales que justifican los derechos a la libertad y la igualdad e impulsan a cumplir el deber de la fraternidad; el comportamiento fraterno de los seres humanos respalda la vigencia de sus derechos y su dignidad.

Semejante cimiento normativo respalda la búsqueda de diversas formas de vida buenas y valiosas, siempre que no impidan búsquedas de esa índole que sean diferentes de la propia; se afirma pues el pluralismo de acuerdo a la primera de las tres consignas, la libertad. La propuesta normativa implica que todas las personas deben tener los mismos derechos a participar en la discusión y resolución de lo que a todos concierne; la democracia como propósito surge así de la lógica de la segunda de las tres consignas, la igualdad.

La formulación planteada implica que buscar caminos de transformación que vayan dando realidad a los derechos invocados es un deber, suscitado por la conciencia y orientado por la razón; la

solidaridad activa es impulsada por la tercera consigna, la fraternidad.

- Las opciones normativas tienen que apoyarse en el examen racional tanto de las intuiciones éticas que nuestra conciencia alumbra como de las experiencias históricas que esas intuiciones impulsaron. La Declaración de Independencia de Estados Unidos reivindica la vida, la libertad, la igualdad y el derecho a la búsqueda de la felicidad. En el atardecer de la Revolución Francesa, la llamada “conspiración de los iguales” propuso una dictadura de la igualdad como camino a la felicidad. Ha sido vista como el punto de partida del comunismo revolucionario que, en su formulación marxista, impulsó la dictadura del proletariado dirigido por su partido de vanguardia para construir el socialismo de Estado. Su experiencia histórica mostró escasa compatibilidad con “la triple consigna” y limitada eficacia práctica. El socialismo ya no puede ser considerado como un sistema o “modo de producción” ética y fácticamente superior a todo lo conocido hasta ahora; pero el proyecto que lo promovió puede ser una orientación. El socialismo –según su historiador clásico G. D. H. Cole– significaba originalmente ordenación colectiva de los asuntos humanos sobre una base de cooperación, con la felicidad y el bienestar de todos como fin. La reivindicación de los Derechos Humanos debiera prevenir contra el ahogo de las libertades individuales en aras de supuestos intereses colectivos; la modestia que la experiencia histórica recomienda debiera impulsar en cada momento a hacer lo mejor que se pueda en pro de la calidad de vida de las mayorías. Así entendida, la afirmación de Cole podría ser el núcleo de una perdurable *inspiración socialista*, en tanto guía para la acción que busca compatibilizar el cimiento normativo con la eficacia práctica del accionar colectivo.
- La cuestión del desarrollo ha sido arena de conflictos ideológicos y políticos en torno a lo que son las injusticias del mundo y las

posibilidades de superarlas. En América Latina particularmente, fue pensada como transformación profunda de ciertas estructuras dominantes de la sociedad. La concepción de Amartya Sen define en términos éticos al desarrollo como la expansión de las libertades y las capacidades de la gente que le permiten desempeñarse como agentes en la búsqueda de formas de vida valiosas. La clave mayor del planteo es que dicha caracterización normativa es también el hilo conductor en la construcción de propuestas para el desarrollo. En el entendido de que se habla de libertades y capacidades tanto individuales como colectivas, tal concepción se inscribe en el enfoque normativo planteado y lo enriquece. Sintoniza potencialmente con un texto famoso de Marx y Engels sobre lo que una sociedad justa espera de sus miembros y lo que asigna a cada uno de ellos. Modificándolo tentativamente: de cada cual según sus capacidades para contribuir al bienestar colectivo; a cada cual según sus necesidades más importantes, su esfuerzo socialmente valioso y las posibilidades de la sociedad. La *expansión de las capacidades* ha de posibilitar la atención cada vez más amplia a las necesidades.

Elementos interpretativos

- Tratar de interpretar el mundo parece tarea necesaria para procurar transformarlo, de modo de mejorarlo en alguna medida o al menos “desempeorarlo”. Sin embargo, una lección de prudencia surge de la experiencia histórica y también del avance de la investigación, que sin duda ha expandido notablemente el conocimiento pero que al mismo tiempo ha mostrado la cuantía de lo que se ignora. Lo que se ha llegado a saber luce mucho más complicado que en el siglo XIX y asimismo más difícil de poner a valer para ensayar cambios grandes. Si esto último es lo que se persigue, la distancia entre teoría y práctica

resulta en general bastante mayor que la registrada en tiempos de la izquierda clásica, cuando la creencia en la infalibilidad de la teoría era bastante mayor que la que hoy resulta admisible. En las más diversas avenidas del accionar social se recurre, más que nunca, a una multitud de especialistas en saberes parcelados que poco pueden contribuir a forjar orientaciones de conjunto. En las prácticas políticas no se ha dejado de invocar a filósofos y doctrinarios pero, debido a factores como los evocados, su gravitación real es poca. Se dibuja así un problema mayor, que el hipotético conversatorio aludido al comienzo tendría que discutir: para calibrar con alguna seriedad las posibilidades de plasmar en la realidad algo de las orientaciones normativas, hay que contrastarlas con lo que se pueda captar de la condición humana, de las relaciones de poder, de las dinámicas de la historia contemporánea. Esos grandes asuntos serán brevísimamente considerados, con modestas pretensiones, en los párrafos siguientes.

- Las conductas de los seres humanos parecen complicadas, diversas, cambiantes, a veces poco compatibles entre sí; reflejan a menudo el egoísmo pero también la tendencia a la reciprocidad, y aún el puro altruismo. Al considerar sus *móviles*, varios elementos de juicio y algunas obras de referencia ubican en primer lugar a los intereses materiales de cada individuo; más o menos cerca se sitúan sus pasiones; unos y otras condicionan profundamente sus vínculos con las dinámicas colectivas, y a través de ellas suelen modificarse. Los intereses materiales estimulan el afán de lucro, que a menudo se convierte en un fin en sí mismo, ligado a la pasión por disfrutar de la fama y hasta de la envidia de otros. Algo así sucede con la búsqueda de poder en general.

Las consecuencias sociales y ambientales de tales comportamientos son notorias.

La similitud objetiva de situaciones materiales genera los intereses

materiales grupales, en particular de clase, que pueden tener enorme gravitación impulsando acciones colectivas; pocas personas logran satisfacer sus aspiraciones de ese tipo solo mediante el desempeño individual.

Las pasiones que movilizan a los seres humanos tienen que ver con sus emociones y sentimientos. Incluyen las aspiraciones a vivir vidas que tengan sentido, a disponer de explicaciones compartidas acerca de lo que pasa en el mundo y su significación, al reconocimiento por otros, a sentir la pertenencia a ciertas comunidades que son fuente de identidad y de orientación. Las pasiones también impulsan a participar en actividades estéticas y de carácter ritual que son fuente de energía emocional.

Asumiendo cierta validez de las sumarias observaciones precedentes ¿qué posibilidades hay de actuar con atención a la brújula normativa? El corazón de la respuesta está en la vigencia real de la afirmación según la cual los seres humanos tenemos que comportarnos fraternalmente porque estamos dotados de razón y conciencia. Una suposición fuerte es que las personas asumimos que somos todas hermanas, de donde racionalmente se desprende que hemos de procurar la igual libertad para todas. La experiencia ofrece en todo caso apoyo limitado a tal suposición.

Intereses y pasiones pueden alimentar sentimientos de muy diverso valor moral. Una y otra vez frustraciones y resentimientos son canalizadas hacia el odio y la intolerancia. Hoy por hoy, eso es lo que están haciendo los demagogos que movilizan a las nuevas derechas extremas. Sin embargo, los sentimientos de indignación ante las injusticias, de simpatía y solidaridad con los que padecen, tienen una intensidad variable pero objetivamente comprobable a lo largo de la historia. Esta no puede ser comprendida sin prestar atención especial a las acciones suscitadas aunque sea parcialmente por tales pasiones. Sentimientos de simpatía e intereses materiales suelen combinarse en

diversas formas de la reciprocidad, que a menudo afianzan las motivaciones que las originan. La reciprocidad constituye un fundamento potencial poderoso de la cooperación. Puede contribuir a que ciertas personas aprecien la libertad de otras y la disminución de las desigualdades. En tales condiciones, algunas formas de los intereses, las pasiones y los sentimientos fomentarán los comportamientos solidarios; será bastante natural que la conciencia los valore y la razón los potencie.

Recapitulando, la vigencia de los ideales normativos planteados dependerán en gran medida de que modalidades de la cooperación solidaria tengan en la realidad suficiente poder como para dar respuestas significativas a las aspiraciones de los seres humanos, particularmente a sus intereses materiales.

¿Tomarán cuerpo propuestas claras y concretas en esa dirección, respaldadas por un accionar colectivo firme y amplio?

- Lo que las personas pueden realmente hacer para satisfacer sus aspiraciones depende fundamentalmente del grado y de las formas en que controlen su entorno natural y social; justamente, al control que efectivamente logren suele denominarse poder. Lo anotado es puramente descriptivo y no implica una valoración ética de las formas realmente existentes de control, que respecto a la sociedad suelen implicar la explotación de mucha gente y respecto a la naturaleza suelen generar el deterioro del ambiente.

Para expandir su poder, los grupos humanos pueden apelar principalmente a dos tipos de agencia: por un lado, coordinar el accionar de sus integrantes; por otro lado, fabricar herramientas y armas. Lo primero lleva a la organización, lo segundo a la tecnología. Ambas pueden ser más o menos adecuadas a los fines perseguidos. Lo habitual es que una y otra se combinen e influyeran mutuamente. Las redes de gente organizada que usa tecnologías

son los principales actores de poder social. En la teoría de Michael Mann, las relaciones económicas, militares, políticas e ideológicas generan las redes organizadas más poderosas porque tienen que ver con intereses y pasiones fundamentales de los seres humanos. Poder económico es el que tienen las redes organizadas para producir y distribuir bienes y servicios. Poder militar es el que tienen las redes organizadas para la práctica de la violencia. Poder político es el de las redes, en especial los Estados, que establecen dentro de un cierto territorio regulaciones de obligatorio cumplimiento. Poder ideológico es el que surge de relaciones que tienen que ver con lo que se reputa bueno, verdadero o bello; es en especial el que tienen redes organizadas, como por ejemplo las iglesias, que dan respuestas a los intereses y pasiones que impulsan a entender algo de lo que acontece en el mundo, a tener idea de lo que se debe hacer, a participar en actividades rituales y de carácter estético.

Una red organizada muestra tanto poder colectivo o externo – por ejemplo, sobre otras redes o sobre la naturaleza – como poder distributivo o interno, que es el que tienen dentro de la red quienes coordinan y vigilan el accionar de los demás. Una consecuencia capital de esta teoría puede formularse así: no hay poder colectivo sin organización, no hay organización sin poder distributivo. Subrayemos que, en el acierto o en el error, se trata no de una afirmación normativa sino de una interpretación de la realidad.

Aquí, sin pretensión alguna de completitud, se presta especial atención al *poder social, organizacional y tecnológico*, basado en: (i) la organización generada en las relaciones sociales de tipo económico, militar, político e ideológico; (ii) la tecnología, en especial la que tiene que ver con la producción, la destrucción y la conexión (comunicación y transporte); (iii) las interacciones entre relaciones sociales y tecnología. Ejemplo mayor de estas últimas son las interacciones entre relaciones de producción y fuerzas de producción en la perspectiva de

Marx, cuya validez actual en este terreno es notoria.

En este esquema interpretativo, la compatibilidad entre aspiraciones normativas y realidades sociales depende de las capacidades para combinar organización y tecnología de modo de ampliar el poder colectivo que favorece a las mayorías y, a la vez, limitar la distribución asimétrica del poder que privilegia a minorías. Seguramente, para vivificar las ideas de las izquierdas será necesario profundizar el estudio del poder y de las posibilidades de alterar sus configuraciones predominantes.

- La configuración de poder organizacional y tecnológico con mayor impacto histórico ha sido el capitalismo industrial. Surgió en el Oeste, afianzó su dominio imperial, multiplicó inmensamente la producción y también la degradación ambiental. Ha venido convirtiéndose más bien en capitalismo basado en ciencia y tecnología (C&T).

El dominio occidental era notorio a escala mundial hacia 1900, cuando había impuesto la llamada primera globalización. Luego sufrió dos desafíos mayores: el del socialismo de Estado a partir de 1917 y el de la descolonización después de la II Guerra Mundial. Pero el Oeste nunca perdió la primacía tecnológica, y su dominio había vuelto a ser evidente hacia el 2000, cuando afirmaba y aprovechaba una segunda globalización. Hoy afronta un desafío mucho mayor, planteado por China como potencia ascendente en el capitalismo C&T; su disputa con Estados Unidos se desenvuelve primordialmente en el terreno del conocimiento de punta.

En el marco del enfrentamiento entre las dos grandes potencias de hoy, varios países del Sur Global se suman, en medidas y formas diferentes, al cuestionamiento geopolítico del predominio del Oeste. Este se ve debilitado también internamente, por la conflictividad alimentada por nuevas derechas que han logrado aprovechar ideológica y políticamente el descontento con la globalización de

amplios sectores postergados en los viejos países capitalistas. La *hegemonía occidental en disputa*, quizás como nunca antes, abre espacios a una geopolítica conflictiva que se extiende como reguero de pólvora.

Perspectivas

- El panorama de conjunto no es alentador. En el contexto arriba esbozado, se agravan a escala mundial los enfrentamientos, incluso militares, y los peligros inherentes a la redoblada carrera armamentista. A la par, se acentúan grandes problemas globales, en especial: (1) la crisis ambiental y climática, (2) la desigualdad y la fragmentación social, (3) la expansión de autoritarismos variados. Cada uno de ellos tiende a agravar a los otros dos, constituyendo así *una triada problemática*.

El impacto notorio y al alza del deterioro climático perjudica en particular a regiones postergadas y a sectores desvalidos; en general, hace cada vez más difícil que los gobiernos manejen los daños mientras se multiplican reclamos, con lo que puede alimentar las creencias de que las soluciones requieren autoritarismos. Estos no tienen por qué tener más aptitudes que otro tipo de regímenes políticos para manejar los problemas, pero sí para suprimir las protestas e imponer la resignada aceptación de paliativos “menos malos que nada”.

Algunos quizás creen que la crisis ecológica sólo puede ser manejada por “despotismos ilustrados”, pero los despotismos suelen ser muy poco ilustrados. Los autoritarismos realmente existentes manejan en general las cuestiones ambientales peor que los regímenes más democráticos. Los autoritarismos emergentes en Europa y América tienden a negar el cambio climático, o al menos la responsabilidad

humana al respecto, lo cual viene a ser lo mismo desde el punto de vista práctico. Y todos los autoritarismos – aun los que reivindican su pertenencia a la izquierda al tiempo que niegan sus valores - a la larga o a la corta impulsan la desigualdad.

A su vez la desigualdad, con la miseria y la angustia que alimenta, lleva a reclamar paliativos inmediatos, aunque sean por vías autoritarias, y no ofrece mayor apoyo social a estrategias de largo plazo, sin las cuales la crisis ecológica no hará sino agravarse.

Ante una triada problemática que se refuerza a sí misma, la contribución que a enfrentarla puedan hacer las ideas de izquierda dará la medida de su valor actual.

- Esa problemática cobra fuerza cuando la Humanidad toda vive bajo el régimen del "capitalismo nada más" (título de un conocido libro de Branko Milanovic que considera distintas formas de capitalismo). El capitalismo ha multiplicado la producción, el consumo y la destrucción ambiental. Sus estructuras de dominación más fuertes se apoyan cada vez más en la generación y manejo de C&T. En tiempos de inmensa incertidumbre, una certeza mayor de cara al futuro es la *creciente gravitación de C&T* en el conjunto de la sociedad. La irrupción de la Inteligencia Artificial multiplica, a la vez, esa gravitación y la incertidumbre en general.

La conjunción de capitalismo y conocimiento, definitoria de la época, genera una tendencia profunda hacia la concentración del poder. La ejemplifican las capacidades de control y manipulación, que tienen ante todo los gigantes económicos estadounidenses de la comunicación y la información así como el régimen político chino. Se trata del "capitalismo de vigilancia", analizado por Shoshana Zuboff. De maneras específicas en cada gran potencia capitalista, las cúpulas de la economía y la política tienen motivos para estrechar sus vínculos y los afirman en esas capacidades tecnológicas para expandir su poder

ideológico. Promueven consensos más o menos entusiastas o resignados, pero no evitan o hasta inducen alternativas diferentes, defensivas, inesperadas, eventualmente erráticas. La historia sugiere que la institucionalización de las relaciones de poder dominantes siempre tiene huecos, que pueden ser nichos en los que emerjan intersticialmente relaciones sociales de tipo alternativo.

Mejorar las perspectivas requiere algo así como una democratización generalizada, que apunte ante todo a disminuir el poder concentrado en grandes empresas y en varios Estados más o menos despóticos, a la vez que explora alternativas para disminuir las diversas asimetrías, en particular las que se ligan al conocimiento.

Posibilidades

- La Humanidad ha conocido progresos importantes, aunque siempre limitados, desigualmente repartidos y entretnejidos con problemas grandes, viejos o nuevos. En todo caso, *ciertos avances son evidentes* en una comparación entre el hoy y dos siglos atrás. El crecimiento y la diversificación de la producción de bienes y servicios resultan notorios. Para una cantidad considerable de gente, la esperanza de vida ha aumentado mucho y las penurias materiales han disminuido sensiblemente, mientras que no poca gente ha accedido a altos niveles de prosperidad. La atención a la salud se ha ampliado en formas distintas y notables. La educación se ha expandido grandemente, también el acceso a diferentes culturas, a variadas formas de expresión, a la comunicación con personas próximas o lejanas. En varias regiones, el incremento de la producción ha sido parcialmente canalizado a mejorar la situación de sectores no privilegiados, en particular mediante la innovación institucional conocida como Estado de Bienestar. Se registran asimismo algunos progresos en la incidencia

de las mayorías en las decisiones colectivas, especialmente ligados al sufragio universal. La atención que se presta a los derechos y las libertades parece mayor que ayer y, en algunos lugares, ello tiene consecuencias prácticas relevantes.

Nada de lo antedicho supone ignorar las privaciones que, de una forma u otra, padecen miles de millones de personas. Al contrario: cuando el progreso se muestra posible, la persistencia de tales privaciones es moralmente aun más escandalosa que antes.

Ahora bien, si se atiende a las principales redes organizadas –asociaciones, sindicatos, movimientos, partidos, etc.– que, de una manera u otra, contribuyeron a progresos como los indicados, y si se analiza el panorama contemporáneo, cabe afirmar que evitar retrocesos e impulsar nuevos avances tienen entre sus condiciones necesarias una revitalización ideológica y política de los progresismos.

- Varios de los progresos anotados se vinculan, más o menos directamente, con el crecimiento acelerado del conocimiento C&T. Ese crecimiento tiene un carácter dual y aún multifacético: se manifiesta tanto en la expansión de las fuerzas productivas como de las destructivas, en las vacunas y en las bombas; también se vincula cada vez más con la explotación degradante de la Naturaleza. Ampliar mejoras y paliar perjuicios tiene mucho que ver con *las orientaciones de la investigación y la innovación técnico-productiva* y, por consiguiente, con las redes organizadas que mayor control tienen sobre esas actividades. En una sociedad capitalista del conocimiento, las previsiones no pueden ser muy optimistas; no lo permiten los intereses, las instituciones y las ideologías que dominan el panorama. Pero mejores posibilidades pueden abrirse, por ejemplo, mediante la conjunción de gobiernos progresistas y movimientos sociales que presten atención a C&T con grupos académicos y técnicos que a partir de su inserción laboral contribuyan –como lo han hecho tantas

generaciones de militantes sindicales– a buscar rutas de avance. Se trata ante todo de poner el conocimiento avanzado al servicio de la inclusión social y la sostenibilidad ambiental.

- Los problemas globales evocados antes se manifiestan por cierto a niveles “macro” de la sociedad, pero también de maneras específicas a niveles “micro” o “meso”. Tienen que ver además con diferentes relaciones sociales. Pueden ser encarados, potencialmente al menos, por muy variadas formas de la agencia. Quizás den lugar a distintas modalidades de “desafío-y-respuesta” que renueven las posibilidades de progreso. Estas pueden abrirse camino quizás a escala micro, en “nichos” o “intersticios” relativamente protegidos de las tendencias dominantes; ello a su vez puede dar lugar a la “emergencia intersticial” de relaciones alternativas o, al menos, contribuir a mejorar o “desempeorar” en esos ámbitos localizados la calidad de vida material y/o espiritual. Juntar esfuerzos y militar para afrontar solidariamente problemas colectivos es, sin desmedro de derrotas y frustraciones, algo que muchas personas sienten como parte de vidas valiosas. Como se subrayó antes, promover la agencia a partir de la expansión de las capacidades es una orientación fundamental, normativa y propositiva. Desde una perspectiva de izquierdas corresponde, además, impulsar especialmente la *agencia de los sectores postergados*. Pero no se puede asumir que la misma tendrá necesariamente una orientación beneficiosa. Probablemente aquí reside el mayor obstáculo para una renovación ideológica y política de las izquierdas. Su incidencia real dependerá mucho quizás de sus aptitudes para contribuir a fomentar el protagonismo de los sectores postergados en formas cooperativas, entretejidas con la expansión de sus capacidades. Esta es una clave insoslayable para mejorar la calidad de vida material y espiritual. Lo afirmado se fundamenta en los principios éticos así como en las realidades de la condición humana,

de las dinámicas del poder y de los principales problemas contemporáneos.

- ¿Puede el protagonismo de los sectores postergados ser una gran palanca democratizadora? Conviene afinar la noción de democratización. Partiendo del significado mismo de democracia como poder del pueblo, cabe sugerir que la noción se vincula con todo ámbito social donde exista poder significativo y desigualmente repartido. Aquí vale la pena recordar los conceptos de “poder colectivo” de un grupo, externo o hacia afuera, y de “poder distributivo” o interno, de unos sobre otros dentro del grupo. La democratización aparece así como una noción dual: se trata de ampliar el poder colectivo de un grupo, institución o nación, apuntando a no perjudicar a otros sectores o a la naturaleza, y, a la vez, procurando disminuir el poder distributivo relacionado con las asimetrías internas del propio grupo. Se trata de apuntalar redes organizacionales que conjuguen ambas dimensiones. A la vista de la incidencia creciente del conocimiento, tanto en el poder colectivo como en el poder distributivo, la democratización del conocimiento requiere especial atención.

Disminuir el poder distributivo pasa por la desconcentración del poder y por su división entre distintos actores, para evitar la muy perjudicial monocracia o concentración del poder en un vértice único. La importancia de la organización, para el logro de los fines valiosos que la gente se plantea, señala que la expansión de la democracia debe ser lo contrario de la desorganización generalizada. Cuando esta última toma cuerpo, cae la eficacia con la que se atiende a los propósitos compartidos y sube la probabilidad de reacciones antidemocráticas.

La democracia como ideal apunta a disminuir las desigualdades en la distribución del poder mediante acciones y formas institucionales que mejoren la calidad de vida colectiva, por lo cual se trata de beneficiar

ante todo a los más postergados. La noción de *solidaridad eficiente* aparece así como una brújula útil para explorar alternativas democratizadoras.

A continuación se intentará ejemplificar lo antedicho en relación a la “triada problemática”.

- El inmenso problema de la crisis ambiental y climática tiene carácter global; no puede ser afrontado sin acciones “macro” al máximo nivel. Pero también muestra por todas partes incidencia de tipo meso o micro, a escalas donde, aún sin sólidas estrategias de alcance planetario, hay posibilidades de afianzar la resiliencia, paliar daños y aún construir cambios beneficiosos. Involucra profundas cuestiones ideológicas, de tipo teórico o intelectual pero aún más de índole subjetiva y vinculada con los sentimientos; se trata ante todo de la necesidad de cambiar costumbres y valores en direcciones menos consumistas y más frugales. La protección ecológica no se concilia fácilmente con los intereses materiales y los valores predominantes, lo que supone dificultades políticas mayores para gobiernos que pretendan impulsar estrategias de largo plazo. Este inmenso problema abre caminos a las nuevas derechas, que ideológicamente niegan la “falsa ciencia del cambio climático” y priorizan intereses sectoriales opuestos a la regulaciones ambientales. Para casi cualquier gobierno se hace muy difícil priorizar tales regulaciones en la medida en que pueden restringir el crecimiento económico, por consiguiente la ocupación y, en especial, la disponibilidad de recursos para políticas sociales. Está planteada así una gran tensión objetiva entre producción y protección ambiental. Será decisivo para el futuro de la Humanidad encararla a diversos niveles y en conexión con las distintas relaciones de poder social. No parece viable hacerlo sin avances considerables en una de las grandes avenidas a recorrer para democratizar el conocimiento: la que lleva a reorientar la C&T hacia la mejor

producción de los bienes y servicios más necesarios, con menor uso de recursos naturales no renovables y mayor protección del ambiente.

- El gran problema de la desigualdad complica los avances hacia la sostenibilidad, en especial porque para mucha gente la mejora económica a corto plazo es imperativa aunque implique serios perjuicios ecológicos. La desigualdad enorme implica que, pese al significativo crecimiento económico de por ejemplo el último medio siglo, mucha gente padece miserias y no encuentra alternativas de vida que de alguna medida escapen a la marginación y la explotación. Las divisorias de clase siguen siendo muy grandes en el mundo en su conjunto. Tienen que ver sin duda con la propiedad pero también y cada vez más con la formación. Los sectores más postergados lo son en ambos terrenos. La redistribución de la riqueza sigue siendo tan justificada y necesaria como siempre. Pero no se sostiene –económica, política y aún ideológicamente– sin una profunda reducción de las asimetrías en lo que hace a la formación. Ella es necesaria para producir mejor, en términos ecológicos y de justicia social; para que los sectores postergados puedan ser agentes y no pacientes de políticas sociales más o menos restringidas; para que las lecciones de la práctica vayan desplazando el debate ideológico desde la contraposición distorsionada entre emprendedurismo individualista y asistencialismo colectivista a las posibilidades de la solidaridad eficiente como alternativa a la fragmentación social.

El caso de las jubilaciones ilustra el punto. Cuando el crecimiento de la esperanza de vida impulsa al alza el gasto previsional, las alternativas tienden a polarizarse entre: (i) que mucha gente, con escasa capacitación, trabaje más años en tareas cada vez más ingratas con la edad, donde les resulta cada vez más difícil encontrar empleo, y luego tengan menores jubilaciones, y (ii) que los recursos de la sociedad se dediquen a pagar jubilaciones, a niveles que vayan en desmedro de la

inversión productiva, la mejora de la salud y la educación, la atención a otras políticas sociales. ¿No sería más justo y eficiente combinar trabajo y formación a lo largo de toda la vida laboral de modo que muchas personas se vayan capacitando para un desempeño diversificado que les permita en especial desempeñar, aun con unos cuantos años encima, tareas personalmente gratificantes y socialmente valiosas? Esto último es lo que les pasa a buena parte de la gente a la que la sociedad le ha brindado oportunidades para expandir significativamente sus capacidades. Si esto se va ampliando, sería sostenible un régimen en el cual la edad para jubilarse es menor para quienes disponen de menores capacidades para trabajar cuando los años se acumulan y mayor para los otros.

Una sociedad justa pide a cada cual contribuir según sus capacidades. Aquí debe cobrar centralidad la segunda gran avenida para la democratización del conocimiento, que es la generalización de la enseñanza avanzada y permanente, conectada a lo largo de toda la vida activa con el trabajo socialmente valioso, el ejercicio de la ciudadanía, las expresiones de la cultura y la protección de la calidad de vida, individual y colectiva. Recorrer esa avenida exige grandes capacidades de innovar, en la institucionalidad educativa y en las modalidades de formación, para que: (i) la educación media prepare tanto para proseguir estudios superiores como para acceder a la ocupación digna, tendiendo a superar la divisoria entre trabajo manual e intelectual; (ii) programas especiales brinden oportunidades de empleo y aprendizaje a sectores desconectados de la enseñanza formal, en especial jóvenes muy pobres, sin ocupación ni formación; (iii) todo ámbito donde se realiza eficientemente una labor socialmente valiosa sea considerada como un aula potencial.

Una sociedad justa expande permanentemente sus capacidades para atender a las necesidades fundamentales de cada cual, valorando e impulsando su contribución a la colectividad.

- Ante el problema de los avances o los afianzamientos autoritarios, que se agravan a ojos vistas, no corresponde oponer una visión idealizada e ingenua de la democracia, que la realidad desmiente y puede multiplicar el descreimiento. Pero sí es imprescindible afirmar que no existe ni un mínimo de democracia si los gobiernos no surgen de elecciones libres entre distintas alternativas o no respetan las libertades básicas. Estas son condiciones necesarias para enfrentar tendencias a convertir la democracia en plutocracia, como por ejemplo las que surgen de la manipulación mediática y del peso del dinero en la política. La democracia como régimen político apunta a combinar las decisiones por mayoría, a partir del intercambio de ideas y la deliberación amplia, con la protección y la expansión de los derechos fundamentales. Su construcción nunca está acabada y completa; es siempre precaria y parcial. Hay que defenderla y ampliarla permanentemente, tareas que pueden realizarse mejor cuando se impulsan en conjunto. Hay que criticar a todos los regímenes autoritarios, que desprestigian a las izquierdas que los encubren y persiguen a las izquierdas consecuentes. Hay que buscar una y otra vez vías para disminuir la gravitación de los “poderes fácticos” de minorías privilegiadas en las resoluciones colectivas y para (volver a) impulsar la participación ciudadana. Paralelamente, hay que articular una y otra vez esfuerzos varios para plasmar acuerdos amplios e implementarlos efectivamente.

El compromiso ético con la democracia no debe depender de lo que haga un cierto gobierno, pero el respaldo efectivo de la gente a la institucionalidad democrática depende mucho del desempeño de los gobiernos que se constituyen en ese marco. Se debilita la democracia cuando, en lo que hace a la calidad de vida, no rima con eficacia. Pero a esta no la garantiza de por sí algún diseño institucional.

Los intereses sectoriales son diversos, contrapuestos y cambiantes, los problemas mutan y reaparecen, las soluciones no suelen ser definitivas. En la política, la democratización pasa por la reforma permanente. ||

Palabras clave:

Rodrigo Arocena

Izquierda

Ideas

Democracia

www.librevista.com
nº 62, febrero 2025